

estar tranquilos y silenciosos en la extremidad de una rama, acechando su presa; cuando pasaban insectos, abandonaban su sitio para perseguirlos con ligero vuelo, y después de apoderarse de algunos, posábanse en otra rama, recorriendo así cierta extensión. Miraban fijamente al cazador que les apuntaba, sin pensar en huir: jamás he oído su voz.

Otros naturalistas, no obstante, hacen un retrato muy distinto de estas aves, y como todos están de acuerdo, forzoso es que la especie de que hablo estuviere particularmente mal dotada, ó que la casualidad haya desfavorecido mis observaciones. Le Vaillant, Jerdon, Gilbert, Blyth y otros representan á los drongos como seres bien dotados, no solo en cuanto á lo físico, sino también por la inteligencia. Su vuelo guarda un término medio entre el de los papamoscas y el de las golondrinas, el ave aletea un poco y luego se ciernen; pero si está excitada cruza los aires con increíble rapidez. El drongo no baja á tierra para coger su alimento; no anda; volando bebe y se baña, como la golondrina; en medio de las ramas no se distingue por su destreza; elige la más fácil de alcanzar, se posa y trata de conservar su equilibrio.

La vista está más desarrollada en él que los otros sentidos; tiene el ojo grande y vivo; divisa desde lejos los insectos que vuelan, aunque sea á la débil claridad del crepúsculo.

El oído no es menos perfecto, como se desprende de la disposición natural que tienen estas aves para el canto y de la facultad de imitación que se observa en ciertas especies.

La voz ordinaria del drongo se reduce á un silbido ronco y desagradable, ó á un ronquido particular difícil de reproducir; pero tan extraño, que no se olvida nunca cuando se ha oído una vez. Eliot expresa por *tshirung*, *tshirung*, el grito del drongo paradiso. Al acercarse el período del celo, los machos entonan un canto muy agradable, ó por lo menos, tal es el parecer de todos los observadores. Jerdon asegura que á muchas personas les parece monótono y desagradable, por lo cual dan á esta ave en tono de burla el nombre de *ruiseñor*; dice también, que por su parte siempre le oyó con gusto cuando anunciaba la hora de amanecer. Le Vaillant compara el grito del drongo de África con el del tordo.

Bernstein comprende una especie javanesa, al drongo gris (*dicrurus cinereus*) entre las mejores cantoras de la isla. Heuglin cree que el canto del drongo lúgubre es muy variado, aunque no se le puede calificar de sonoro; yo por mi parte debo confesar que un drongo paradiso cuidado por mí me admiró no solo por el vigor y la variedad de su canto sino también por su facultad sorprendente para imitar la voz de otras aves ó canciones que se le enseñaban.

Los drongos tienen además otras cualidades: son vivaces y activos, y dan á menudo pruebas de tener mucho valor. El dicruo de cola grande (fig. 52) acomete á todos los cuervos y á las aves de rapiña que pasan cerca de él; cuando la hembra cubre es cuando despliega principalmente el macho una exquisita vigilancia y una osadía admirable. «Apenas se acerca una corneja ó un milano al árbol donde se halla su nido, dice Jerdon, el atrevido drongo se precipita resueltamente contra el ave de rapiña y la obliga á huir; nunca le he visto posarse sobre el lomo de un halcón y darle picotazos y uñadas, según asegura haberlo observado Philipps; pero sí aceptar la lucha con frecuencia. Algunas veces acuden varios drongos para poner en fuga al enemigo común.»

Acometen también á otros animales: Blyth vió á cierto individuo arrebatarse una ardilla pequeña, y Gurney asegura que el chaptia músico no vacila en caer sobre las mayores especies.

El valor de estas aves se reconoce principalmente cuando

una de ellas descubre un buho ó cualquiera otra ave torpe, que no sabe defenderse. El drongo se remonta por los aires, y luego se deja caer rápidamente sobre su víctima, lanzando gritos roncós, y abriendo y cerrando alternativamente las plumas de la cola. No manifiesta menos valor y tenacidad cuando lucha con sus rivales: Jerdon vió á menudo á cuatro ó cinco cogerse uno á otro, formando una masa compacta, y caer juntos al suelo para continuar la pelea.

Todos los drongos son al parecer exclusivamente insectívoros, y se alimentan sobre todo de abejas y otros insectos semejantes; las grandes especies devoran además langostas, grillos y mariposas; pero prefieren con mucho los insectos de aguijón. A ello se debe que no en todas partes se mire á estas aves con buenos ojos, como sucede en el cabo de Buena-Esperanza, donde tienen fama de ser las mayores destructoras de abejas. «Por la tarde, después de ponerse el sol, y por la mañana antes de salir, dice Le Vaillant, es cuando los drongos se dedican particularmente á cazar los industriosos insectos. Para ello se sitúan á lo largo de los bosques y se posan en un árbol aislado ó que tenga muchas ramas muertas, á fin de aprovechar mejor el momento de la marcha de los insectos, ó bien de su llegada, es decir, la hora en que salen á recoger en las flores la miel y la cera, y aquella en que vuelven con su botín.

»Imagínese el lector unas treinta de estas aves revoloteando en desorden al rededor de un árbol, dando las vueltas necesarias para seguir el rápido vuelo y los giros de las abejas, huyendo de su enemigo; representémonos varios drongos que no han tenido suficiente acierto para coger su presa, y que persiguen á otra dando cinco ó seis vueltas seguidas, á izquierda y derecha ó de arriba abajo, sin descansar hasta que se han fatigado inútilmente.

»Todos los movimientos van acompañados de gritos, repetidos en todos los tonos y por todos los individuos de la bandada; al pié del árbol se encuentran los restos de un alimento abundante, y el suelo está cubierto de abejas muertas, las mas de las cuales solo conservan la cabeza, el coselete y las alas. El drongo no se retira á su albergue hasta que comienzan á salir las rapaces nocturnas.»

En su manera de cazar los drongos manifiestan mucha inteligencia. Le Vaillant está convencido de que conocen perfectamente la época en que las abejas suelen volver en gran número.

Gurney ha observado que cada incendio de las estepas atrae á los drongos desde lejos: saben que el fuego que destruye las yerbas obliga á todos los insectos ocultos á huir, y gracias á su osadía hacen aquellas aves una caza abundante. Sin temor al fuego, precipítanse en medio del humo más espeso, y á pocos metros de las llamas, cogen sobre ellas la presa que codician.

Philipps ha observado en los drongos un rasgo de astucia bastante curioso: una avecilla perseguía á una gran langosta, que inútilmente había procurado atrapar un dicruo; este lanzó de pronto su grito de llamada, bien conocido de todas las aves, grito que deja oír cuando aparece alguna rapaz; pero aquella vez no lo hizo sino para espantar á su competidora. La estratagema surtió muy buen efecto, pues la pobre avecilla huyó presurosa, y algunos minutos después se hallaba ya el insecto en el estómago del drongo.

El período de la reproducción se declara, al menos para ciertas especies, en varias estaciones del año; los nidos se construyen á bastante altura del suelo, y están colgados, por lo regular, en medio de las ramas, como los de nuestras oropéndolas; no suelen hallarse ocultos, sino expuestos á todas las intemperies, componiéndose solo de escasas y pequeñas ramas y de raíces entrelazadas ligeramente; á menudo no están ni

siquiera tapizados en su interior, ó cuando más tienen algunos pelos. La puesta se compone de tres á cuatro huevos blancos, ó de un blanco rojizo, con puntos rojos y pardos más ó menos claros. Durante el período de la incubación, el macho ataca con furia hasta al hombre que se acerca al nido.

CAUTIVIDAD.—Todos los drongos propios de la India son pájaros favoritos de los indígenas, que los tienen enjaulados. Acostúmbranse fácilmente á la cautividad y á un alimento sencillo; son dóciles y obedientes, cantan mucho y divierten por su manera de imitar las voces de las aves más diversas, incluso las mejores cantoras. En nuestras jaulas se ven con menos frecuencia de lo que merecen.

LOS ARTÁMIDOS—ARTAMIDÆ

CARACTÉRES.—Los artámidos se consideran como el eslabón que enlaza los drongos con las golondrinas. Tienen el tronco robusto; pico corto, casi cónico, ancho en la base y redondeado en la arista y en los lados; la punta es ligeramente corva y junto á ella se ve una pequeña escotadura; los piés son robustos; los tarsos y los dedos cortos; las uñas bien desarrolladas, corvas y puntiagudas; las alas largas, formando la segunda rémige la punta; la cola es corta ó de longitud regular, recta ó ligeramente sesgada; el plumaje bastante liso y de colores opacos.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Esta familia tiene por patria la Nueva Holanda, la India y los países de la Malasia.

EL ARTÁMIDO DE VIENTRE ROJIZO—ARTAMUS FUSCUS

CARACTÉRES.—Este pájaro tiene la cabeza, la garganta, la barba y la rabadilla de un blanco ceniciento opaco, más oscuro en el dorso y en los hombros; la línea naso-ocular es negra; las partes inferiores de un pardo rojizo isabela; las rémiges de un negro pizarra, con bordes grises en las barbas exteriores; las rectrices son del mismo color, con puntas blancas. Los ojos son pardos; el pico gris de plomo y negro en la punta, y los piés de un azul de plomo. La longitud de esta especie es de 0",17, por 0",38 de ancho con las alas extendidas; estas miden 0",13 y la cola 0",05.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Este pájaro habita en toda la India, incluso la isla de Ceilan.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Los artámidos, de los cuales se reconocen diez y siete especies, viven con preferencia en los sitios donde abundan los bosques, hasta una altura de 1,200 metros. Cada especie tiene sus árboles favoritos, y así, por ejemplo, el artámido de vientre rojizo se halla principalmente allí donde crece la palmera de Palmira. Hé aquí porqué los indígenas le han dado el nombre de golondrina de Palmira.

Otra especie, de Java, prefiere los sitios donde los bosquecillos y jardines alternan con los campos y las praderas; los árboles constituyen sus puntos de reunión, y forman el centro de su dominio de caza. Bernstein nos dice que el artámido de Java es fácil de observar cuando está en su árbol favorito; que con dificultad se le da caza, y que vuelve siempre á él. Después del período del celo se suele ver á toda la familia reunida en un mismo árbol; si se mata á uno de ellos, vuelan todos para posarse algo más lejos; pero no tardan en volver; de este modo puede el cazador coger tres ó cuatro, uno después de otro. Parece que aquellos árboles atraen á dichas aves á una gran altura, pues Jerdon ha visto á la especie de las Indias á 1,300 metros sobre el nivel del mar.

Terminada la reproducción, forman á veces numerosas bandadas en sus lugares predilectos, ofreciendo entonces el árbol favorito un bonito espectáculo. Entre estas aves reina la mayor libertad; cada una de ellas parece independiente de las otras, y cada cual hace lo que reclaman sus necesidades del momento; abandonan, una después de otra, la rama donde se hallaban al lado de sus compañeras; saltan por las demás, persiguen á un insecto y vuelven á su sitio.

Estas bandadas no se componen siempre de aves de la misma especie: la de que hablamos se reúne á menudo con otras, y particularmente con las golondrinas; sucede también que muchas especies distintas anidan en el mismo árbol.

Los artámidos no dan á conocer todas sus cualidades sino cuando vuelan; rara vez bajan á tierra, donde son bastante torpes: las altas regiones constituyen su verdadero elemento. Bernstein compara su vuelo con el de las rapaces: como ellas se ciernen con las alas tendidas, y casi inmóviles, y para cambiar de dirección levantan ó bajan siempre una de las alas. Muévense, no obstante, con lentitud; no tienen nada de la rapidez del halcón ó de la alondra, así es que un mediano cazador les puede tirar fácilmente al vuelo. Jerdon, sin embargo, dice que la especie de las Indias vuela con gracia, asemejándose por esto á la golondrina; que agita precipitadamente las alas y se desliza luego por los aires con las alas tendidas; que con frecuencia se revuelve para perseguir á un insecto; y por último que otras veces vuela en línea recta con notable rapidez.

Cuando hace buen tiempo y salen los insectos de su retiro, elevándose por los aires, se ve á los artámidos perseguirlos como lo hacen las golondrinas; unas veces se ciernen á enormes alturas, y otras pasan á través del follaje; sus bandadas permanecen entonces largo tiempo en los aires, y estas aves se parecen del todo á las golondrinas. Lo mismo sucede cuando cazan en la superficie del agua: de vez en cuando arrebatan un insecto, y luego van á posarse sobre una rama para continuar su persecución un momento después. Los artámidos se reúnen con frecuencia en tal número, que el agua donde se refleja su imagen queda oscurecida, según dice Gould. Su grito se asemeja al de la golondrina, con la única diferencia de ser más ronco y monótono: estas aves no cantan.

El artámido sórdido (fig. 53), que habita en Australia, ofrece una particularidad curiosa: se suspende de las ramas, agrupándose con sus semejantes como un enjambre de abejas. Gould no ha observado el hecho; pero Gilbert y otros viajeros sí: algunos individuos se cuelgan de la rama inferior de un árbol; otros se cogen á ellos, y así sucesivamente, formando una masa compacta y voluminosa, que á menudo ocupa el espacio de una fanega de trigo.

Bernstein dice que los nidos de la especie javanesa observada por él se hallan en medio de la vegetación parásita que cubre los troncos de las palmeras, ó en los ángulos formados por las hojas; compónense de tallos secos y gruesos, raíces, hojas y pedazos de musgo, todo ello entrelazado sin arte ninguno, por lo cual su exterior ofrece cierto aspecto desordenado, mientras que el interior presenta una cavidad regular de forma hemisférica aplanada, rellena por dentro de materiales muy finos, sobre todo de fibras elásticas de una especie de palmera llamada *areng*, y de tallos finos. El nido de la especie india está forrado además, según Jerdon, de abundantes plumas. No se sabe de cierto si también el macho cubre los huevos, pero este y la hembra toman parte en la cria, y alimentan y conducen á los hijuelos mucho tiempo después de haber abandonado el nido. Entonces se ve á estos posados en una misma rama, uno junto á otro; mientras que los adultos revolotean cazando en los árboles y vuelven hácia su prole tan luego como han cogido una presa. Por lo

que se sabe, los polluelos se nutren exclusivamente de insectos, que constituyen también el alimento preferido de los adultos.

CAUTIVIDAD.—Los artámidos se acostumbran fácilmente á la cautividad; consérvanse muy bien en la jaula y llegan algunas veces vivos á Europa.

LOS HIRUNDÍNIDOS— HIRUNDINIDÆ

CARACTÉRES.—Los hirundínidos distingúense por sus formas pequeñas y graciosas, su pecho ancho, cuello corto y cabeza plana. Su pico es corto también, aplanado y casi triangular; la punta de la mandíbula superior está lige-

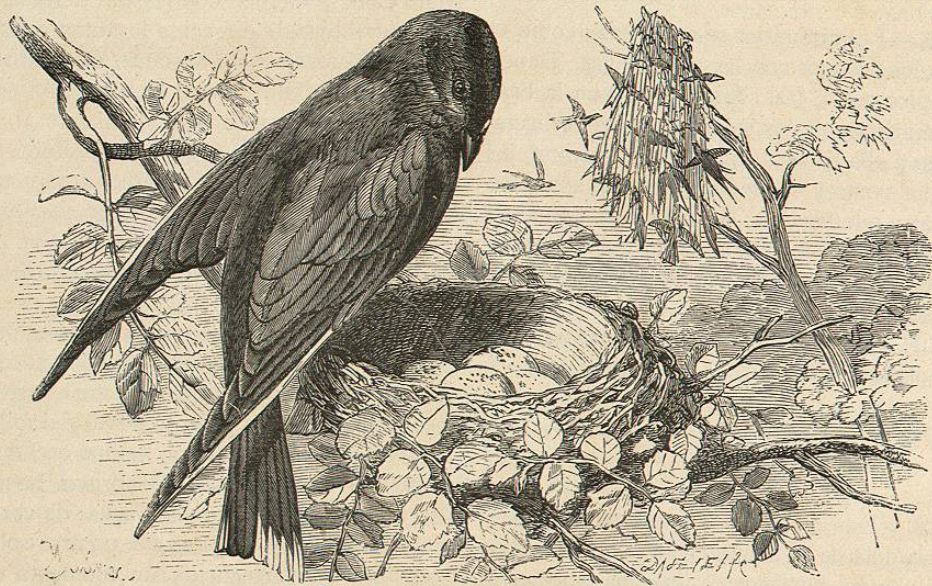


Fig. 53.— EL ARTÁMIDO SÓRDIDO

metacarpo, y huesos palatinos muy escotados á los lados; únicamente los del cráneo son neumáticos. Estas aves carecen de buche, y las paredes del estómago no son muy musculosas. La lengua es córnea, aplanada y ancha, con los bordes recortados; está hendida por delante y ligeramente dentada por detrás.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Los hirundínidos, de los cuales se conocen unas noventa especies, se hallan diseminados por toda la tierra; se encuentran en todas las altitudes y latitudes; solo en los alrededores del círculo polar es donde no se ve sino algún individuo aislado ó de paso.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Muchas de estas aves se albergan en las viviendas humanas; algunas se fijan entre las rocas, ó en agujeros practicados en las costas bravas, y otras anidan en los árboles. Todas las que habitan un país donde hay verdadero invierno, son emigrantes; las que existen en los países mas cálidos se limitan á vagar por un espacio muy reducido.

Se ha pretendido varias veces, y aun lo han tenido por posible algunos naturalistas expertos, que ciertos hirundínidos pasan el invierno en regiones frías sumidos en un sueño letárgico, al cual se entregan después de practicar agujeros en el cieno. Este informe carece sin embargo de todo fundamento. Nuestros hirundínidos emigran hasta el centro y aun hasta los países mas meridionales de Africa, y yo mismo he observado durante mis cinco años de permanencia en aquel continente cómo iban y venían con la mayor regularidad desde el norte al sur y vice versa.

ramente encorvada y la abertura bucal se extiende hasta el ojo. Tienen los tarsos cortos y delgados; los dedos, de los cuales se dirigen tres hácia delante, son endebles y finos; las uñas raquílicas; las alas largas, delgadas, puntiagudas y compuestas de diez y ocho pennas, nueve primarias y otras tantas secundarias; la cola consta de doce rectrices, siendo las externas mas largas y á veces mucho. Las plumas, cortas y compactas, se oprimen contra el cuerpo; sus colores presentan en algunos individuos un brillo metálico y están distribuidos en superficies bastante anchas. El plumaje varía poco por el sexo, pero el de los polluelos difiere bastante del de los adultos.

La organizacion interna de los hirundínidos se asemeja bastante á la de las aves cantoras: ofrecen como caractéres particulares un húmero muy corto, apenas tan largo como el

No quiero negar la posibilidad de que cuando en la primavera ó en el otoño vuelve á reinar de pronto el frío, algunos hirundínidos busquen un refugio en agujeros, donde quedan yertos hasta cierto punto, recobrando nueva vida, gracias á su resistencia, cuando se les lleva á un espacio caliente; pero de seguro no podemos considerar esto como un sueño letárgico, á pesar de todos los testigos fidedignos desde Aristóteles hasta ciertos observadores modernos.

Con razon se llama á los hirundínidos animales nobles, pues se hallan bien dotados por todos conceptos. El vuelo es su movimiento normal, y por él nos hemos guiado al hacer las consideraciones generales sobre el orden; en tierra andan mal, aunque no tanto como ciertos fisisrostros; gustan posarse para descansar, y eligen comunmente la copa de los árboles y de las ramas flexibles desnudas de hojas. Todos los verdaderos hirundínidos son aves cantoras. Su canto es un gorjeo muy agradable; pero no es esta la única cualidad que les granjea el aprecio del hombre; sus costumbres ofrecen igualmente mucho atractivo. Los hirundínidos son alegres, sociables, pacíficos, cautos, inteligentes y valerosos; distinguen á sus amigos de sus enemigos, y no se fian sino de aquel que merece su confianza. En nuestro sentir, no tienen ninguna mala cualidad; todas sus costumbres son agradables para nosotros.

Los hirundínidos son insectívoros: acometen principalmente á los dípteros, á los neurópteros, á los hemípteros, á las moscas y los mosquitos; pero comen también muchos coleópteros pequeños. Solo cazan volando y no pueden coger



GRUPO DE HIRUNDÍNIDOS